



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 149 – 18 de julio de 2016

ESPECIAL

¿Fue inevitable el 18 de julio?

En este número

1. Juntos hacia el horizonte, *Emilio Álvarez Frías*
2. España desgarrada por la guerra civil, *José M^a García de Tuñón Aza*
3. ¿Fue inevitable el 18 de julio?, *Dalmacio Negro Pavón*
4. Una fecha para la reflexión, *Manuel Parra Celaya*
5. ¿Resultado ineludible el 18 de julio?, *Jesús Flores Thies*
6. ¿Se pudo evitar el 18 de julio?, *Honorio Feito*

Juntos hacia el horizonte

Emilio Álvarez Frías

Que no se diga que somos aficionados a abrir las heridas de la Guerra Civil. Todo lo contrario. Llevamos muchos años intentando cerrarlas aplicando todos los pócimas posibles, bañándolas en mercromina, suturándolas con tiritas, poniendo todos los emplastos conocidos e incluso haciendo algunas intervenciones. No, no estamos interesados en abrir las heridas de hace ochenta años; si durante cuarenta años nos empeñamos en cerrarlas haciendo grandes esfuerzos no vamos ahora a ser tan necios de intentar reabrir las: primero porque respondimos a la disposición de Dios que nos manda perdonar al enemigo, después con la voluntad de hacer hermano nuestro al que no piensa como nosotros para continuar el camino juntos. ¿Que hubo juicios tras la guerra? Lógico, pues los que asesinaron, violaron, quemaron iglesias, destrozaron el patrimonio nacional, robaron, etc. fueron merecedores de pagar por esos desmanes. En lo que se trató de aplicar la justicia en primer lugar y después el perdón conmutando infinidad de penas, desde las capitales hasta las más leves. ¿Qué hubo alguna revancha? Comprensible, aunque injustificable desde la opción cristiana.

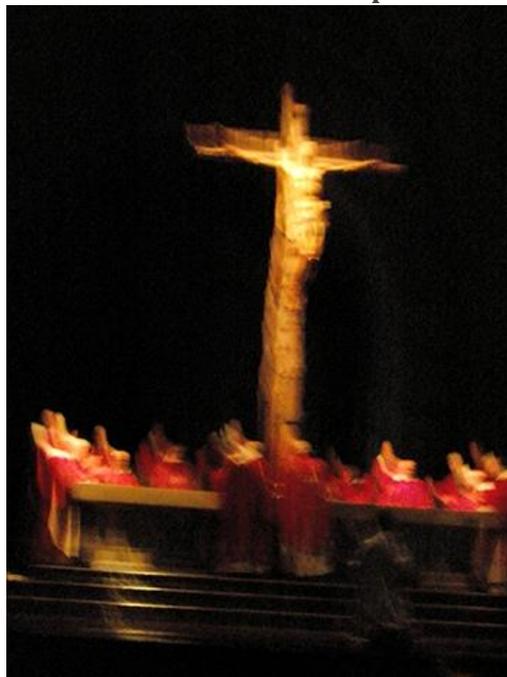
Si nos hemos planteado traer hoy a estas páginas un recordatorio de los hechos acaecidos hace ochenta años lo hacemos con la pregunta de si fue inevitable el 18 de julio. Porque las guerras son un crimen injustificable que se comprende en la sentencia de Virgilio: «Aunque tuviera cien años y cien lenguas, y mi voz fuese de hierro, no podría enumerar todas las formas de crimen». Pues bien, lo hacemos en esa gran duda, y con el deseo de encontrar una respuesta al deseo de saber qué fue

lo que revolvió a España y los españoles en aquellos años aciagos con el deseo de dar por cerrado el acontecimiento. Unos cuantos amigos a los que hemos convocado nos dan su respuesta mediante la descripción de los acontecimientos que van del año 31 al 36 del pasado siglo. José M^a García de Tuñón nos hace una descripción casi taquigráfica de lo que encrespó la convivencia nacional, de los odios que surgieron, de la participación de los que fueron fraguando lo que llevaría a la fecha señalada del levantamiento militar con la intervención civil desde el primer momento. Tras esta lectura resulta evidente que fue inevitable el 18 de julio, aunque dejamos a cada lector saque sus propias consecuencias.

Y lo hacemos en un momento en el que ya quedan pocos de los actores materiales o intelectuales de aquellos acontecimientos. Los que reclaman la «memoria histórica» probablemente tendrían que analizar y reflexionar sobre las acciones de aquellos que quieren traer al recuerdo: quizá se avergonzarían de lo que hicieron y cómo se comportaron entonces sus deudos; sería bueno que los que escriben libros investigaran profundamente y no se apoyaran simplemente en lo que han escrito otros; los que recuerdan las cosas que les contaron padres, abuelos o amigos no sería malo que también se adentraran en el

análisis de lo que hicieron esos personajes durante aquel lustro; los jóvenes de ahora, que se quedan con las cuatro cosas que les cuenta un demagogo profesor de ESO (o la variante que corresponda en cada caso) ideológicamente mal formado, que no se ha interesado en leer otra cosa que los libros recomendados, si quieren ser libres y actuar en conciencia, deberían darse al estudio de la historia y actuar en consecuencia. Yo puedo contar, a unos y otros, que por edad viví algunos de aquellos acontecimientos. Yo puedo aportar que durante los primeros meses vinieron a mi casa a buscar a un tío mío para darle el «paseo» por el solo hecho de, siendo conductor del ayuntamiento de Madrid, haber llevado a las monjas de clausura a votar, debiendo la vida a que mi padre, «jugándose», invitó a los milicianos a entrar en casa a buscarle, donde, efectivamente, se encontraba, sin que lo hicieran. Y que estando en la puerta del edificio donde vivía vi cómo se llevaron a un sacerdote que nunca más volvió. Y cómo durante la noche escuchábamos desde casa los fusilamientos en las tapias del cementerio de la Almudena y después los secos y lúgubres «tiros de gracia», lo que me aclaraba mi madre cuando la preguntaba qué era eso. Y podría contar más recuerdos que quedaron grabados en mi niñez, aunque con estos es suficiente.

No nos gusta traer el recuerdo de aquellos años dolorosos y trágicos pues durante toda nuestra vida únicamente hemos mirado hacia adelante. Lo sucedido queda para la historia y para aprender a no repetirlo. El futuro es el que nos ha de encaminar a crear una nueva historia, a ser posible mejorándola día a día. Hasta hace poco hemos seguido esa trayectoria, pero últimamente se ha quebrado, ha surgido el recuerdo revanchista de quien, según se deduce de los trabajos de nuestros colaboradores, fueron responsables de llegar al 18 de julio y sus secuelas. ¿Para qué? Para resucitar los odios, para que surjan nuevamente enfrentamientos,



Quienes no entienden el Valle de los Caídos como lugar de hermanamiento de los españoles, están incapacitados de entender la historia de España

para traer acontecimientos que en nada sirven al objeto de crear futuro, para castigar a los que perdonaron, para intentar reescribir una historia no deseada calcada del pasado.



Quisiéramos traer el 18 de julio como fiesta del encuentro de los españoles para que surgiera el abrazo fraterno entre todos los hijos de esta centenaria patria que tanta historia ha aportado al mundo, y, tras él, decidiéramos emprender juntos el camino hacia el horizonte por los surcos paralelos marcados en los campos españoles con el viejo arado romano en vez de por escondidos recovecos de los que el tiempo nos ha garantizado que no surge mies que dé buen grano.

En nuestro empeño de traer a colación el 18 de julio, dejamos momentos del pasado y nos vamos a cualquier pueblo de Castilla en el que impere la ecología y hayan preferido hacer la trilla en la era de los cereales recolectados por procedimientos tradicionales. Para ello nos subimos al trillo fabricado en Cantalejo, provincia de Segovia, tomamos las riendas de las caballerías que han de arrastrarle sobre la parva a trillar, y con calma vamos dando vueltas y vueltas mientras reflexionamos. Y, de vez en vez, damos un tiento al botijo que nos acompaña, de hechura tradicional, procedente de La Rambla, provincia de Córdoba.

España desgarrada por la guerra civil

José M^a García de Tuñón Aza

A lo largo de estos ochentas años que dio comienzo la Guerra Civil en España, muchos se han preguntado si no fue posible evitarla. Respuestas ha habido para todos los gustos. Unos piensan que militares, sin respetar el *edén* que durante la II República disfrutaban los españoles, se alzaron en armas y España entera comenzó a sufrir aquella guerra a lo largo de casi tres años. Otros piensan que dados los acontecimientos que se arrastraban en nuestra Patria, la guerra era inevitable. Lo cierto es que no hay razón sin causa y lo que pretendo es ceñirme a la Historia. Después cada cual que saque sus conclusiones.

La II República se proclamó en España el 14 de abril de 1931 después de unas elecciones municipales a las que quisieron darle el carácter de plebiscito. Cuando comenzaron a conocerse los resultados, quedó claro que, en todas las ciudades grandes de España, los candidatos que apoyaban a la monarquía habían sido derrotados. Las cifras definitivas no llegaron a publicarse y probablemente ni siquiera se computaron, opina el hispanista Hugh Thomas. Otros historiadores dan cifras, pero no coinciden entre ellos, aunque sí en que el número de concejales monárquicos superaba a la coalición adversaria. Sin embargo, para nada sirvió porque los caciques tenían tanta fuerza que impidieron que se reconociera el triunfo de los concejales monárquicos. Así, pues, se llegó a la conclusión de que los votantes urbanos *ilustrados* habían rechazado a un rey todavía aceptable para la opinión rural. Fue entonces cuando el ministro de la Guerra, general Berenguer, sin consultar al rey envió una circular al Ejército reconociendo la derrota y aconsejando orden y sumisión a la voluntad nacional. Por su parte, el 14 de abril se proclamaba la II República y Romanones envió una nota al rey aconsejándole que abandonara España. Algo que hace inmediatamente después de haber dejado dicho estas palabras:

Las elecciones celebradas el domingo, me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo [...]. Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas, en eficaz forcejeo con quienes las combaten. Pero, resueltamente, quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro, en fratricida guerra civil [...]. Y mientras habla la nación, suspendo liberadamente el ejercicio del poder real.

Los elementos revolucionarios que les había llevado al Pacto de San Sebastián, firmado en el mes de agosto anterior, rubricaron un decreto en el que se comunicaba que habían tomado el Poder adoptando el título de Gobierno Provisional de la República. A continuación quedó nombrado Niceto Alcalá-Zamora como presidente de la República, asumiendo también las funciones de Jefe de



La alegría de la proclamación de la República no duraría mucho, pues enseguida surgirían los problemas

Estado. Le acompañaron en este Gobierno, entre otros, Alejandro Lerroux, Fernando de los Ríos, Manuel Azaña, Miguel Maura, Francisco Largo Caballero, Diego Martínez Barrio, etc.

Pero esta República, que parecía tan prometedora, pronto tropezó con un problema que abrió un conflicto muy grave. Francesc Maciá, líder de Cataluña, sin consultar con el Gobierno de Madrid, instituyó el *Estat Integrant de la Federació Ibèrica*, dando por sentado que la República

iba a ser federal, y que uno de los Estados de esa supuesta federación era Cataluña. El Gobierno de Madrid no tuvo otra alternativa que enviar a tres ministros a Barcelona para convencer a Maciá que estaba actuado fuera de lo que había sido el Pacto de San Sebastián. No llegaron a convencerle y Maciá discurrió dar forma definitiva a la *Generalitat de Catalunya*. Finalmente se pudo llegar a un acuerdo por el que Maciá renunciaba a la República Catalana a cambio del compromiso del Gobierno provisional de que presentaría en las futuras Cortes Constituyentes un estatuto de autonomía para aquella región, y que el Gobierno catalán utilizaría en adelante la denominación de *Generalitat*. Una vez arreglado este problema, vinieron a continuación los sucesos del 11 de mayo. En esta fecha, casi un centenar, entre templos y casas religiosas, fueron pasto de las llamas en tres días de barbarie popular. Málaga, Alicante, Valencia, Madrid, etc. fueron las ciudades que más sufrieron este salvajismo, esta incultura. En ese momento era ministro de Gobernación Miguel Maura que hace presente la necesidad de que la fuerza pública actúe, aunque el resto de los ministros opinaban que no era el momento pues todo se reducía a que el pueblo republicano manifestaba su protesta contra determinadas cosas. El presidente Alcalá-Zamora dice que lo que está ocurriendo no tiene importancia. Al mismo tiempo añadía: «Son unos cuantos chiquillos que juegan a la revolución». Maura sigue empeñado en sacar la fuerza a la calle porque de lo contrario arderán todos los conventos. Es cuando Azaña, exclama: «Eso no. Todos los conventos de Madrid no valen la vida de un republicano».

El 20 de diciembre en Castilblanco, un pueblo de la provincia de Badajoz, miembros de la Guardia Civil trataron de impedir la manifestación que habían convocado unos cuantos vecinos para pedir trabajo. La pretendida manifestación terminó en tragedia. Cuatro guardias fueron asesinados, pero no fue posible procesar a los asesinos. El pueblo entero era responsable. A esta tragedia siguieron otros hechos comparables. En Arnedo (Logroño), la Guardia Civil se vengó matando a siete pacíficos manifestantes. El 23 de enero siguiente se ordenaba la disolución de la

Compañía de Jesús y por el Estado serían confiscados todos sus bienes. En estas fechas, el director general de Primera Enseñanza, Rodolfo Llopis, dirigía una circular a todos los maestros con la orden de retirar de las escuelas todo signo religioso. Una de las pocas voces que se levantaron en contra de aquella medida fue la del vasco Miguel de Unamuno con estas palabras: «¿Qué se va a poner donde estaba el tradicional Cristo agonizante? ¿Una hoz y un martillo? ¿Un compás y una escuadra? ¿O qué otro emblema confesional?».

También, en este tiempo, los mineros de Figols (Cataluña) se alzaron contra el Estado proclamando el comunismo libertario, lo que celebraron con una huelga general en el laborioso valle de Llobregat. Azaña, entonces presidente del Gobierno Provisional, ordenó que se fusilara a quien se cogiera con las armas en la mano, reiterando al general Batet que «entre la llegada de las tropas y la conclusión de los sucesos no debían pasar más de quince minutos»

El 10 de agosto de 1932 el general Sanjurjo se levantó contra el Gobierno. El alzamiento en parte pretendía restaurar la Monarquía, y en parte era un intento de derrocar la «dictadura anticlerical» de Azaña, en opinión de algunos historiadores. En sus *Memorias*, el propio Azaña dice que fue Melquíades Álvarez el inductor del golpe. Sanjurjo, un año antes, como director general de la Guardia Civil, hizo posible la venida de la República sin derramamiento de sangre, al rehusar poner sus fuerzas a la disposición del rey. Ahora, su pronunciamiento fue derrotado y el



Episodio de Casas Viejas

general juzgado y condenado a muerte, aunque la máxima pena le sería conmutada por la de cadena perpetua.

Los sucesos de Casas Viejas es el nombre con el que han pasado a la historia los episodios que tuvieron lugar entre el 10 y el 12 de enero de 1933. En aquella pequeña localidad de la provincia de Cádiz, se produjeron uno de los hechos más trágicos de la II República y que abrió una enorme crisis política. Fue el inicio de la pérdida de apoyos políticos y sociales que conducirían meses después a la

caída del gobierno republicano-socialista de Manuel Azaña. A éste se le achaca el haber ordenado a las fuerzas que reprimían el levantamiento, que produjo varios muertos, la frase de: «¡Tiros a la barriga, tiros a la barriga!». Algunos historiadores ponen en duda que Azaña pronunciara semejantes palabras, pero el propio Azaña en un discurso en el Congreso, el 2 de febrero, terminó diciendo: «Y las fuerzas entraron vivamente, violentamente, en Casas Viejas y acabaron con la rebelión». No cabe duda, de que el episodio de Casa Viejas está clavado como uno de los sucesos más negros de aquellos años. Sería vano cerrar los ojos o tratar de escamotearlo.

1934, iba a ser pródigo de graves acontecimientos de toda clase. Las calles comenzaron a ensangrentarse cuando grupos armados socialistas estaban dispuestos a impedir que miembros de Falange vendieran por las calles el periódico *FE*. El comunista Manuel Tagüeña reconoce que las hostilidades ya las habían comenzado los grupos armados socialistas, cuando estuvieron dispuestos a impedir la venta de ese periódico, asesinando al estudiante falangista Matías Montero el 9 de febrero. «La lucha verbal se transformaba en lucha a muerte y la sangre derramada abriría un foso cada vez más profundo», termina diciendo Tagüeña. Este era el número cuatro de los falangistas asesinados desde la fundación de Falange, y le siguieron, hasta el 17 de julio de 1936, 78 más, según recoge el libro de Francisco de Asís de la Vega, *Aniquilar la Falange*.

El 5 de junio comenzó la huelga de los campesinos, decretada por la UGT. Pero el acontecimiento más grave ocurrido este año fue la Revolución de Octubre o Revolución de Asturias porque fue esta tierra la que peores consecuencias tuvo. El historiador José María García Escudero hace un corto repaso a los días que precedieron a la Revolución y va mucho más allá en el tiempo del que normalmente van la mayoría de los historiadores. En su *Historia política de las dos Españas* ha procurado demostrar que la oposición a la democracia, es decir, a la República, no arranca de octubre de 1934, sino el mismo 14 de abril. Para demostrarlo no ha hecho falta más que seguir los editoriales de *El Socialista* desde la proclamación del nuevo régimen. Muy anteriores, y más elocuentes, fueron las arrebatadoras declaraciones en que Largo Caballero, ministro del régimen, amenazaba con la guerra civil. El filósofo Gustavo Bueno es otro de los que también reconoce la parte de culpa que tuvo Largo Caballero y de que el plan de insurrección de los socialistas junto con otros partidos de izquierdas, venía gestándose desde hacía mucho tiempo. «Con la rebelión de 1934, la izquierda española perdió hasta la sombra de autoridad moral para condenar le rebelión de 1936», dijo Salvador de Madariaga. Y Marañón, también Ortega y también Baroja, aceptarán que la guerra no empezó propiamente en Marruecos en 1936, sino en la Revolución de Asturias, octubre de 1934, donde hubo cientos de víctimas inocentes. Entre ellas, 34 religiosos en Asturias y 3 más en otros puntos de España. Ninguno de ellos tenía nada que ver con lo que pedían los que se levantaron en armas.

Las amenazas de Largo Caballero con la guerra civil se repetirían muchas veces y hay constancia de ellas. Donde muy posiblemente habla por primera vez de ir a una guerra civil es en noviembre de 1931 ante la posibilidad de que algunos republicanos parecían querer disolver las Constituyente antes de que se aprobase el desarrollo legal previsto en la Constitución. Es entonces cuando Largo realiza unas declaraciones diciendo que no podía aceptar tal posibilidad y que ello sería un reto para su Partido obligándoles «a ir a una guerra civil». A estas declaraciones, *El Socialista* del día 25 de noviembre de 1931 quitaba hierro diciendo que se refería a una «guerra civil espiritual».

1935 comienza el periodo de inestabilidad ministerial que terminará con la victoria del Frente Popular de 1936. En estas elecciones es elegida diputada por Asturias *Pasionaria* y una vez elegida lo primero que hizo fue conseguir que fueran liberados en Oviedo todos los presos que lo estaban por su participación y crímenes en la Revolución de Asturias y todos los comunes: «¡Camaradas! ¡Todos a la calle! ¡Todos a la calle!...», gritaba ella. Pocos días después, en una carta que Azaña dirige a su cuñado Rivas Cherif, le dice: «Hoy nos han quemado Yecla: 7 iglesias, 6 casas, todos los centros políticos de derecha, y el Registro de la Propiedad. A media tarde, incendios en Albacete, en Almansa. Ayer, motín y asesinatos en Jumilla. El sábado, Logroño, el viernes Madrid: tres iglesias. El jueves y el miércoles, Vallecas... Han apaleado, en la calle del Caballero de Gracia, a un comandante, vestido de uniforme, que no hacía nada. En Ferrol, a dos oficiales de artillería; en Logroño, acorralaron y encerraron a un general y cuatro oficiales... Lo más oportuno. Creo que van más de doscientos muertos y heridos desde que se formó el Gobierno, y he perdido la cuenta de las poblaciones en que han quemado iglesias y conventos ¡hasta en Alcalá!».



*Pasionaria: «¡Camaradas! ¡Todos a la calle!
¡Todos a la calle!...»*

El 16 de junio después de una intervención de Calvo Sotelo en el Parlamento, *Pasionaria*, dice: «Este hombre ha hablado por última vez». Ella lo niega en sus *Memorias* diciendo que fueron «los plumíferos franquistas que durante años han estado difundiendo la infame patraña de que fue ella la que incitó al asesinato de



Asesinato de Calvo Sotelo

Calvo Sotelo. Sin embargo, hay testimonios de personas que nada fueron «plumíferos franquistas», que la desmienten. Es el caso de Tarradellas en su libro *El único camino*, y que se lo repite a la periodista Pilar Cernuda en *Época*. Lo confirma asimismo Salvador de Madariaga en su libro *España*.

En la madrugada del 13 de julio de 1936 fue detenido en su casa, por un grupo que incluía a miembros de las fuerzas de seguridad, el líder de Renovación Española José Calvo Sotelo. Durante el

traslado a un lugar desconocido, resultó asesinado mediante un tiro a la cabeza. Cuando esta noticia se la trasladan el director de *El Socialista*. Julián Zugazagoitia, éste dice: «Ese atentado es la guerra civil». Y así fue. El 17 de julio de 1936, por la tarde, se rebeló la guarnición de Melilla. El mismo día, Franco, dejando ya alzada y afecta a su bando la tropa de Canarias, que le había confiado la República, emprendía el vuelo a Marruecos. Ese mismo día se pronunciaron numerosas guarniciones en la Península y comenzó la Guerra Civil. Una guerra en la que como dijo el socialista Juan-Simeón Vidarte «todos fuimos culpables» y no sólo una de ellas como ahora los nuevos dueños de los medios de comunicación nos quieren hacer creer a los españoles borrando, entre otras cosas, de los callejeros de las ciudades y pueblos de España, nombres de personas asesinadas sólo por ir a misa y sustituyéndolos por nombres de verdaderos asesinos, incluso levantando monumentos a los responsables de la Revolución de Asturias que tantas víctimas inocentes causó.

«¿Fue inevitable el 18 de julio?»

Dalmacio Nero Pavón

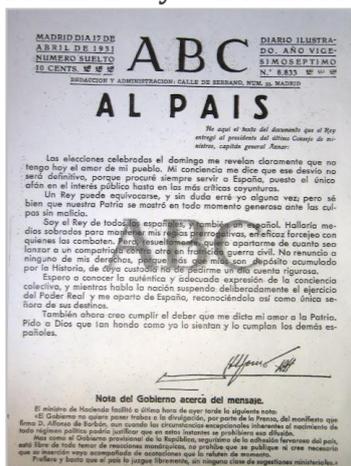
Catedrático. De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

El 18 de julio fue junto con su secuela, la guerra civil, una sorpresa. Sobre todo fuera de España, como atestigua Paul Johnson por ejemplo. La República era ciertamente inestable, pero la situación no era tan grave. La historia es imprevisible. Además del azar, son infinitos las causas, concausas, circunstancias y hechos incidentales.

Para interpretarlo, hay que partir de que la Restauración canovista estaba ya agostada en torno a 1910, o más claramente al fracasar Maura, y, desde lejos, se relacionaba la caída de la Monarquía alfoncina con el derrumbamiento en cascada de tantas Monarquías después de la primera guerra mundial, empezando por la de los zares y la del Imperio Austríaco. El destronamiento de la española se había retrasado gracias a la Dictadura de Primo de Rivera, quien parece haber considerado empero la posibilidad de proclamar la República. La historia de Portugal es paralela a la de España salvando la particularidad de su alianza secular con Inglaterra, y, justo en 1910, se había instaurado allí la República, que tuvo que consolidar el ejército en 1926.

Con estos antecedentes, es muy sugerente el dictamen del jonsista Emiliano Aguado en 1972, para dilucidar si fue o no inevitable el 18 de julio: la República de 1931 fue «el último disfraz de la Restauración». Su corta historia se limita prácticamente a la radicalización de tensiones existentes más o menos desde 1910 –representadas principalmente por el separatismo, el socialismo y el anarquismo–, contenidas por la Dictadura hasta que renunció el dictador, combatido, entre otros, por los monárquicos y abandonado por el rey.

Así, Indalecio Prieto había acusado duramente en el Parlamento (1917) a los gobiernos monárquicos de proteger los separatismos demócratacristianos; pero apoyados ahora estos últimos por el propio partido socialista para restarle votos y fuerza a la derecha, presionaban con más fuerza. La situación social era obviamente mejorable, como demostró la política modernizadora e industrializadora de la Dictadura, por lo que aumentó la propaganda revolucionaria y la presión socialista y anarquista; pero pasaba lo mismo en Francia e Italia, naciones asimismo católicas, dato importante pues hay quien sostiene que el auge del anarquismo fue una consecuencia del abandono del pueblo por la Iglesia, dedicada a otros menesteres o simpatizante con la democracia cristiana. Con la perspectiva actual, el antecedente directo de la guerra civil (no del 18 de julio *stricto sensu*), desde el punto de vista de las continuidades históricas, fue el movimiento revolucionario de 1934; sin embargo, se vio entonces como un incidente: el orden se había restaurado rápida, fácilmente y con lenidad y la II República acabaría consolidándose igual que en el otro pueblo peninsular. Etc.



Abdicación de Alfonso XIII en 14 de abril de 1931

Simplificando: reciente todavía el *crack* de 1929, en el ambiente pacifista de la Sociedad de Naciones, se prestaba atención a la situación española, considerada una consecuencia lógica, como había ocurrido en Portugal y en otras naciones, del desplome –pues nadie la derribó– de la Monarquía. Retrospectivamente, esta institución fue la causa principal de la inestabilidad política existente desde la restauración de Fernando VII como rey por derecho divino, inestabilidad intensificada después de su muerte. Y eso explicaría, que fuera probablemente el hartazgo, por decirlo así, de la inestabilidad bajo esta institución, la causa, también más o menos inconsciente, de que nadie la defendiera en 1931; ni siquiera los monárquicos sentimentales; uno de ellos el general Sanjurjo, quien se inhibió como

director de la Guardia Civil, e intentó restaurarla dos años después. Por lo demás, fuera de España preocupaban otras cosas en 1936, principalmente en Europa, donde estaban los totalitarismos en pleno auge.

Que el 18 de julio fuera una sorpresa, ¿no significa que fue evitable? El fin del orden político consiste en garantizar el orden social y la fuerza es uno de los tres elementos fundamentales de cualquier Gobierno o Estado, junto con el poder y la autoridad. Si fallan estos dos, el último recurso es la fuerza. Ahora bien, el grave deterioro del orden público había caldeado el ambiente hasta el punto, que, en vista de la incapacidad, pasividad o complicidad del gobierno, en todo caso su impotencia y falta de autoridad, parte del ejército –la fuerza–, estimando que si no se ponía fin al desgobierno, iría a más la anarquía, planeaba un *Putsch* o golpe de Estado *para restaurar o fortalecer el orden republicano*, como le confió luego el general Mola a Bertrand de Jouvenel. ¿Algo parecido al golpe de Estado del general Carmona para enderezar el rumbo de la República? El propio Mola, su inspirador principal, era republicano, se inició bajo la bandera republicana y sólo se recuperó la bandera

anterior para evitar confusiones, cuando derivó el golpe en la guerra civil en que, salvo bravatas revolucionarias socialistas, no pensaba nadie, y menos los militares.

En esa situación de desgobierno, el hecho del asesinato de José Calvo Sotelo, el jefe de la oposición al gobierno del Frente Popular, al que habían precedido además amenazas muy explícitas por parte de elementos próximos al mismo, equivalía a la declaración de una *Ausnahmezustand* -una situación excepcional-, que hizo inevitable el *coup d'État*. Golpe que fracasó como tal, sin duda por haberse adelantado sin estar todavía bien elaborado. El mismo general Franco estaba al tanto, pero según todos los indicios, no se había comprometido o era uno de los indecisos. La sorpresa fue el crimen de Estado y las circunstancias que lo rodearon. Lo inevitable, el *Putsch* ante la complicidad del gobierno

Si el 18 de julio fue una sorpresa, es porque no existían otros motivos graves, como atestiguan el mismo Johnson y otros historiadores. Y que degenerase en guerra civil, fue el fracaso, puesto que no se trataba de un típico «pronunciamiento», sino que estaba calculado. ¿Causa o causas del fracaso? Sin duda el hecho de que se adelantase, o hubiera que adelantarlo. Sin ese asesinato, es posible que ni siquiera se hubiese producido. Una cosa es planear y otra ejecutar. Y de haberse consumado más preparado, habría triunfado seguramente.

Los militares habían aceptado en general la República por disciplina, por indiferencia y la mayoría sin duda con simpatía. Pero influidos probablemente muchos de ellos por el precedente de la «sanjurjada» y que fuera el mismo Sanjurjo el jefe previsto de la sublevación, no estarían seguramente dispuestos a que se restaurase otra vez la Monarquía. Es, pues, pensable, que, dada la idiosincrasia del ejército y el previsible agravamiento de la situación, si se hubiera dispuesto de



El 20 de julio de 1936 cae el Cuartel de la Montaña de Madrid, perdiendo la vida cerca de 1.000 personas de las 1.500 que aproximadamente que se encontraban en él.

tiempo para aclarar la finalidad del *Putsch* de enderezar la República, habría concitado probablemente la adhesión de la mayoría de los militares y no habría tenido lugar la guerra civil, cuya causa inmediata fue la división del ejército. Dicho sea de paso, cabe también pensar, que la guerra civil evitó la participación de España en la guerra mundial.

Si se compara con las guerras civiles *modernas* en Inglaterra, Francia, el Imperio alemán y otras naciones europeas, la guerra civil de 1936 es *la única* que ha dividido realmente a la nación española. Las mismas guerras carlistas, guerras en cierto modo románticas, estuvieron muy localizadas y para la gran mayoría

del pueblo, que era tradicional, se reducían fundamentalmente a una disputa dinástica, ante la que era neutral. ¿Quizá también porque ambos bandos eran absolutistas, aunque uno se llamase liberal y el otro tradicionalista?

Lo que dividió a la Nación en dos bandos irreconciliables y mitificó la guerra civil, fue que uno era nacional y contrarrevolucionario y el otro internacionalista y revolucionario. Pero no fue, como suele decirse, el precedente inmediato de la guerra devenida mundial de 1939-1945. Tuvo más continuidad con la guerra «fría», en que se enfrentaron la cultura determinada todavía por la religión tradicional y la

nueva cultura de la religión socialista. Tal es la causa de que, a pesar de haber concluido la guerra fría en 1989 o 1992, los sedicentes socialistas hispanos y sus adláteres, se empeñen *antihistóricamente* más de setenta y cinco años después... en ganar la guerra civil... contra el franquismo... desaparecido hace cuarenta en números redondos... Quizá para disimular que continúan su dictadura como antifranquismo... Es decir, haciendo todo el revés... O sea: destruyendo al estilo soviético. En primer lugar, la Nación.

Una fecha para la reflexión

Manuel Parra Celaya

¿Permite la *Ley de Memoria Histórica* opinar libremente sobre el 18 de julio? No las tengo todas conmigo al tomar la pluma, sabiendo de antemano que, aunque soy renuente a escribir sobre efemérides, cuando me decido a hacerlo no suelo coincidir en mis apreciaciones sobre ellas ni siquiera con mis amigos; máxime, con los ucases leguleyos. Esta vez me voy a atrever a desafiar al destino, esbozando unas líneas.

Lo cierto es que, en el tardofranquismo de los años 60 y 70 del pasado siglo, la conmemoración del Alzamiento Nacional no solía despertar entre el pueblo más resonancias que las provocadas por las actuaciones de renombrados artistas en la



Celebración del 18 de julio en La Granja, donde al parecer iban obligados los invitados

recepción de La Granja; allí fueron invitados a demostrar su arte muchos que entonces se deshacían en elogios hacia el anfitrión –a la sazón, el Jefe del Estado– y que luego, en la transición, declararon que su presencia había sido poco menos que a punta de pistola, ponían a caldo al difunto Caudillo y confesaban lo mal que lo habían pasado, los pobres. Sería repetitivo, cansino e ilustrador de la especie humana comprobar esta evolución echando tiempo en las hemerotecas...

En los Campamentos Juveniles sí que merecía alguna mención la fecha en la *consigna* del día o en un mural en el

tablón de anuncios; casi siempre se orientaban las ideas a glosar la reconciliación entre los españoles y la necesidad de aunar esfuerzos hacia el futuro, aprendiendo de los errores del pasado remoto; porque el hecho se veía tan distante en el tiempo que a nadie se le ocurría atizar odios o rencores provenientes de una guerra que había enfrentado a las dos mitades de España entre sí. Ni los protagonistas supervivientes ni sus herederos, fueran de un bando o de otro, dejaban traslucir asomo de inquina; y de esto podemos dar fe quienes convivíamos como *afiliados* en las actividades del Frente de Juventudes, hijos o nietos de *rojos* o *nacionales* indistintamente.

Tuvo que sobrevenir otro Régimen –heredero, no se olvide, del anterior, por lo menos en lo que concierne a la Jefatura del Estado y en aquello tan curioso de *de la ley a la ley*– para que algunos se dedicaran a refrescar en las *memorias* hechos que la mayoría no habían vivido y a utilizarlos, esto es lo peor, como ariete para socavar

la convivencia en paz, en auténtica *vida democrática* y en *libertad sin ira*, como repetía el sonsonete de la canción de *Jarcha*.

Como no presumo de historiador, prefiero dejar a los especialistas que prosigan con el análisis de las causas, mediatas o inmediatas, de lo que quiso ser, inicialmente, un golpe de Estado o *de timón*, si se prefiere, y derivó en una guerra civil de tres largos años; en todo caso, demostró que *no era posible la convivencia entre los españoles*. Solo pido a estos especialistas que sean capaces de compaginar sus legítimos y respectivos modos de pensar con la objetividad científica de la historia, y no con la mala leche, tan abundante en el mundo político sectario; otro tanto exijo en mis lecturas sobre el tratamiento de los efectos y consecuencias de aquella contienda, y me uno entrañablemente a los comentarios y conclusiones del maestro Enrique de



En el Frente de Juventudes se «encontraban» los hijos de los que participaron en uno y otro lado de la trinchera, hermanándose en el intento de hacer una España mejor donde la convivencia primara sobre cualquier otro sentimiento personal

Aguinaga, en sus libros *Aquí hubo una guerra* y en su *Prontuario sobre el franquismo*, cuyo seguimiento recomiendo a todos los lectores.

Así las cosas, opiniones las hay para todos los gustos: desde aquello, a modo de profecía regeneracionista, de que *había que entregar un millón de españoles a los lobos para que no fueran entregados todos a los cerdos*, hasta quienes toman partido decidido (¡a ochenta años del acontecimiento!) por uno de los dos bandos enfrentados; en mis mencionados Campamentos Juveniles se seguía calificando la fecha como *Día del Valor*, porque muchos españoles se jugaron la

vida y muchos la perdieron (aunque no fuera ese millón simbólico) por su particular *idea de España*, e incluso aquí incluyo a quienes la negaban con el *España no, Rusia sí*, llevados por desesperación social o por alienación ideológica. Para todos ellos, paz, y el deseo de que no vuelva a *verse sangre española en discordias civiles*.

Y ya que he acudido en el párrafo anterior a las palabras finales del testamento de José Antonio Primo de Rivera, me voy a permitir inferir que una de las derivaciones de aquel *golpe* del 18 de julio de 1936 fue la imposibilidad real de que se pudieran llevar a cabo los propósitos de este pensador, es decir, una transformación radical – *revolución nacionalsindicalista* en el léxico del momento– de España, que representara una síntesis de los valores que entonces defendía la izquierda –justicia social, libertad y pan para todos los españoles– y lo que teóricamente defendía la derecha –unidad y grandeza de la patria, familia, respeto a los valores religiosos y orden–.

La incorporación inevitable de una Falange descabezada de sus líderes al Alzamiento no supuso la implantación de sus ideales, subsumidos y aun escamoteados, en la amalgama de tendencias de la derecha española, que no tuvo inconveniente alguna en vestirse de azul; quedó casi todo en los enunciados pero no en las realidades; todos los intentos postreros, desde dentro o desde fuera, fueron baldíos y señalan los hitos de un *vivir desviviéndose* del falangismo.

Hay que reconocer que las consecuencias de la fecha en la instauración del Régimen de Francisco Franco permitieron que España entrase en la Modernidad; que se llevó a cabo aquella revolución industrial atrasada un siglo y que se creó una clase media, como logros de aquel sistema autocrático, pragmático, personal e intransferible; algunos de los logros sociales se debieron, eso sí, a la impronta de falangistas, en reñida competencia con otras *familias* del Régimen. Sin embargo, con ser todo esto importante, puede decirse que fue epidérmico en cuanto a superar, por *inclusión*, la división secular de los españoles en bandos enfrentados y en cuanto a transformar estructuras y mentalidades para seguir cauces innovadores en cuanto a la justicia social; así, las propuestas joseantonianas sobre el sindicato y la empresa, la participación ciudadana y el papel del Estado, por ejemplo, quedaron en caricaturas de sí mismas, algunas tan paradójicas como un supuesto *sindicalismo vertical* que no pasó de *cuadrulado* en un esquema económico asimilado al capitalismo occidental; si volvemos a Enrique de Aguinaga, podemos leer la referencia de que fue el propio Franco, en declaraciones al diario *Arriba* el 1 de abril de 1969, quien afirmó que «*no podemos prescindir del mundo capitalista liberal en que vivimos, que condiciona nuestra labor. Dentro de él hemos de perseguir los logros sociales más ambiciosos que sean compatibles con la situación general*».

Dejémoslo, eclécticamente, en que no se pudo o no se quiso, o ambas cosas a la vez, que el Estado surgido del 18 de julio llevara a cabo aquella revolución nacionalsindicalista de José Antonio Primo de Rivera. Es inútil ahora lanzarse por la literatura de la ucronía o recaer en la utopía. La historia no se rescribe, a excepción de los *ingenieros sociales* del 1984 orwelliano o de los de Rodríguez Zapatero y sus actuales mariachis. A estas alturas, especular más sobre la fecha del 18 de julio me parece una estupidez, y utilizarla como arma arrojadiza para enfrentar a los españoles, un crimen histórico.

Algunos retos de nuestros días, sin embargo, son tristemente repetitivos en el tiempo, como recuperar la unidad de España en mentes y conciencias o ser capaces de convivir en paz y esfuerzo en común. A ello se suman otros desafíos, también *pendientes* y urgentes, como buscar nuevos cauces de justicia en la creación y distribución de la riqueza, conseguir que los españoles sean auténticamente responsable de las tareas públicas, incardinar a España en las tareas supranacionales y sus riesgos, como la inmigración o la enemiga del islamismo... Para ello se precisa, como premisa indiscutible, que no volvamos a enfrentarnos en discordias civiles, en confrontación suicida como ocurrió entonces. No sé si el pueblo español sigue siendo rico en *buenas cualidades entrañables*, como creía José Antonio; en todo caso, mi apuesta es porque alcance, en paz, *la patria, el pan y la justicia*.

¿Pudo evitarse el 18 de julio?

Jesús Flores Thies

Coronel de Artillería retirado

¡Pues claro que pudo evitarse! Porque aquí, en España, queremos resolver nuestros problemas con guerras fratricidas, mientras que por el mundo se solucionan, como todos sabemos, conversando... Aquí, en España, podían haberse sentado, frente a frente, el general Mola, «Director» del proyectado Alzamiento contra el Frente Popular, con Largo Caballero; y Mola le habría dicho a nuestro Lenin de andar por casa: «Mira Largo, no seas borde y no nos vengas ahora con eso del Paraíso del Proletariado; al menos deja pasar un poco de tiempo para ver si se te pase la fiebre, y yo te prometo decir a mis tradicionalistas que dejen de limpiar sus

fusilas de matar liberales y que se vayan a cantar el “Oriamendi” por todos los valles de Navarra. De esta forma nos evitaremos una guerra entre hermanos». Y Largo le respondería: «Bueno, teniendo en cuenta que nosotros somos pacifistas, acepto tu propuesta, aunque estaremos con el ojo avizor, que los militares sois poco fiables».

Bromas aparte, el 18 de julio fue inevitable, y de no haber existido Mola, Largo, Franco, Azaña o Negrín, el conflicto habría sido siempre inevitable porque la situación social, histórica y hasta de la propia existencia de España habían llegado a límites insostenibles. A sus protagonistas sólo les tocó bailar con la más fea, porque la música venía de lejos. Y la sentencia de Clausewitz de que la guerra es la continuación de la política por otros medios, también es válida en situaciones «caseras».

La guerra civil era buscada por la izquierda marxista con la esperanza de que con ella se facilitarían sus proyectos de meter a España en el inframundo soviético.



Largo Caballero y Santiago Carrillo, en el frente de la sierra madrileña, fueron responsables de que se llegara al 18 de julio

Alcalá Zamora, que odiaba a la derecha representada por Gil Robles, al que viste de limpio cada vez que lo cita, escribe en sus *Memorias* sobre su preocupación por ese empeño de las izquierdas de ir a una guerra civil, lo que podría provocar una reacción nada deseable de la derecha para impedirlo.

Después de la fracasada sublevación marxista contra la República en octubre de 1934, consiguen el pucherazo que les hace ganar las elecciones de febrero de 1936, que mete en el poder a los que buscan esa guerra civil. La situación en España se pone tan tensa con este triunfo de Frente Popular, que en la prensa europea ya habla de que en

España se está al borde de una guerra civil.

Franco, desde Canarias, escribe al masón Casares Quiroga advirtiéndole del peligro que corre el país si el gobierno no rectifica su desastrosa política que nos abocaría a un conflicto civil. No hay respuesta. Y sólo cuando el Alzamiento se produce, coge Casares Quiroga el teléfono para convencer a Mola de que no se ande con aventuras guerreras.

La guerra civil fue inevitable, y gracias al Alzamiento, España recuperó su pulso e inició una reconstrucción moral y física que la izquierda, pérfida y rencorosa, jamás reconocerá; mientras que la actual derecha, cobarde y pactista, se empeña en ocultar.

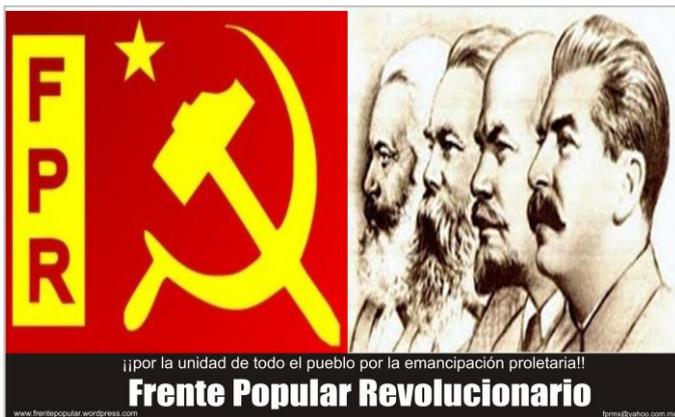
¿Fue inevitable la guerra civil?

Honorio Feito

Para muchos analistas, la Guerra Civil, o incivil, tuvo su punto de partida en el asesinato del líder católico D. José Calvo Sotelo, el 13 de julio de 1936, por miembros de la escolta del socialista Indalecio Prieto. Para otros, su origen fue la Revolución de Octubre de 1934, proceso iniciado también por los socialistas contra el régimen de la II República, en un asalto al poder y al régimen imperante.

Personalmente, creo que la Guerra Civil de 1936-1939 fue el último combate –tal vez debo precisar que hasta el momento– de una campaña que se inició cuando, al término de la Guerra de la Independencia, los españoles quedaron divididos en dos grandes bandos, que vulgarmente conocemos como la izquierda y la derecha, representando cada uno una manera de pensar y hasta de actuar. La cultura tradicional española, basada en la educación católica, frente al poder laico del Estado, argumentado por el progresismo como símbolo de modernidad, aunque sólo en el enunciado. El antagonismo entre ambos ha venido estando presente a lo largo de nuestra Historia Contemporánea, es decir, a lo largo del siglo XIX y parte del XX.

A partir del 14 de abril de 1931, fecha en que quedó instaurada la Segunda República, debemos añadir a esa dualidad la radicalización de la violencia por parte del llamado «Frente Popular», integrado por partidos radicales burgueses de Martínez Barrio y Azaña, la Unión Republicana, Izquierda Republicana, el Partido Socialista Obrero Español, el Partido Comunista de España y la Federación



Anarquista Ibérica (FAI), principalmente, y es de destacar el comportamiento claramente anticlerical del régimen republicano, que condicionó la vida social de los españoles y precipitó la respuesta del otro bando.

Resulta tremendamente esclarecedora la intervención que el entonces líder de la derecha, que en aquellos años representó el partido CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), don José María Gil Robles, expuso ante Las Cortes. En la sesión

celebrada el 16 de junio de 1936, bajo el título *Estado subversivo en que vive España*, Gil Robles denunció la caótica situación de la nación y su discurso provocó las protestas de varios representantes del Frente Popular, lo que requirió la intervención del Presidente, D. Diego Martínez Barrio, para permitir que Gil Robles terminara su intervención e hiciera una llamada a la cordura. Extraigo de esta intervención, que está recogida en el Diario de Sesiones número 45, del 16 de junio de 1936, los siguientes y significativos datos: «160 iglesias destruidas totalmente; 51 asaltos a templos; incendios, destrozos e intentos; 69 muertos y 1287 heridos de diferente gravedad; 15 agresiones frustradas; 138 atracos consumados; 312 tentativas de atraco; 113 huelgas generales; 228 huelgas parciales; 10 empresas periodísticas totalmente destruidas; 33 asaltos a otras empresas periodísticas; 146 explosiones de bombas y petardos y otras 78 que no llegaron a estallar».

Estos datos corresponden únicamente al periodo de cuatro meses que se inicia el 16 de febrero y finaliza el 15 de junio de 1936. La situación alcanzó niveles de auténtica locura, ante la inhibición de las autoridades. El Real Automóvil Club de Inglaterra transmitió, a través de una circular, que no garantizaba la seguridad de cualquier vehículo que visitara España, ante los acontecimientos que estaban ocurriendo.

El alemán Félix Schlayer, que vivió en España desde 1895 hasta 1937, que fue además cónsul de Noruega en Madrid durante el primer año de la Guerra Civil, salvando a casi mil personas de morir a manos de los incontrolados miembros de

las checas, y es también autor de un libro, que bien pudiera haber sido un auténtico best seller a poco que algunos medios e intelectuales españoles mantuvieran unos niveles mínimos de objetividad, titulado *Matanzas en el Madrid Republicano*, con un subtítulo que reza: *paseos, checas, Paracuellos...* En uno de sus primeros capítulos, Schlayer, conocido también como el Schindler español, buscando las razones del clima violento que se vivió en las calles de Madrid aquellos días previos a la guerra, dice: «¿De dónde emerge algo tan salvaje como esa crueldad y sus horrores? ¿Son propios del temperamento español o son achacables al bolchevismo?».

Parece, pues, que en ese clima de violencia y crueldad está la huella del bolchevismo, una ideología creciente en la Europa del primer tercio del siglo xx. La Guerra Civil española, que sirvió de preámbulo, según los historiadores de este periodo, a la Segunda Guerra Mundial, se adelantó a los acontecimientos y puso freno a la expansión comunista en Europa, algo de lo que Europa tardó en darse cuenta.